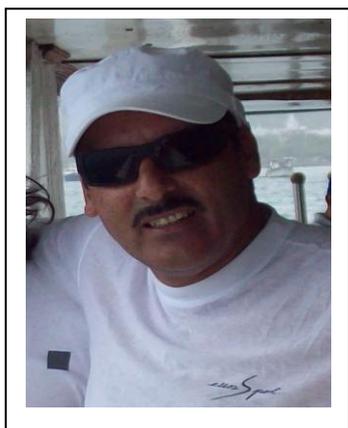


# EMIRO BRAVO Y EL DRIVE IN CARANTANTA

## Entre el trabajo y la risa, un espacio para la vida

Por: Guillermo León Martínez Pino  
gmartinez@unicauca.edu.co



La ciencia no nos ha enseñado aún si la locura es o no lo más sublime de la inteligencia.

Edgar Allan Poe

Habría que añadir dos derechos a la lista de derechos del hombre: El derecho al desorden y el derecho a marcharse.

Charles Baudelaire

### Emiro bravo: la singularidad estereotipada de una personalidad

Camiseta y pantalón sport, gafas que ya denotan el incontable trajinar de la retina como secuela incontrolable de los años idos; su aspecto de senil-juventud ayuda a quitarle el tono apocalíptico a sus interminables charlas y predicciones; su personalidad es una entremezcla de la aventura campesina-barrial de niñez y moza juventud, entretejida con los avatares del trabajo y, los cuentos fantasmagóricos que afloran de manera tan apasionada como espontánea: ese es Emiro Bravo, que con mente inquisitiva, está al asecho del rastreo de innumerables anécdotas de los personajes que han desfilado, desde ya hace cuatro lustros, por este especie de sitio obligado de encuentro, llamado «*Drive in Carantanta*».

Quienes no lo conocen, podrían argumentar que su espacio de residencia está allí, pues día y noche se le encuentra en su «bunker», insinuando su carta gastronómica, que con gentileza de «paisa de travesía» ofrece —de manera indiscriminada—, a todo quien haya sentido la necesidad de compartir un momento de jolgorio; de encuentro amoroso o furtivo; de negociación política o debate ideológico; o en fin, como posibilidad de encuentro con los amigos de marras para contar los misterios y las fábulas creadas por la propia realidad. Cuantas veces, en medio del etílico embriagador, no nos

hemos descubierto afanosos explorando los vericuetos de nuestra incontrolable fantasía, pues también las drogas –como lo expresa el antropólogo Juan Cajas (2004: 168)–, «otorgan seguridad y alimentan los impulsos para trascender más allá de las vidas mezquinas y nerviosas; son una invitación a navegar en el éter de las utopías» o, siguiendo la pluma de Antonio Caballero (2008: 124), asentir que:

A través del alcohol las cosas se ven de otra manera. Y se comunican también de otra manera. *In vino veritas*, en el vino está la verdad, se decía ya en tiempos de Plinio el Viejo. De allí que tantos poetas hayan sido inclinados a la bebida. El propio Homero, padre de todos ellos, andaba siempre tan ciego de vino que llegó a asegurar en sus versos que el mar era color de vino. Quería beberse el mar con todas sus sirenas.

A Emiro, se le suele encontrar consuetudinariamente como un «general en su laberinto», que recién llegado de la guerra, imparte órdenes perentorias a sus subalternos; quienes usualmente, nunca se lo toman en serio, pues ya conocen su incontrolable afán compulsivo por la inmediatez de las cosas. Pero, su característica esencial es la fe de en su propia existencia, esa actitud de vida que algunos peyorativamente denominan optimismo y que, justamente es una forma generosa, de hallarle el quite a la insensibilidad que la vida nos ofrece en el menú caótico de esta sociedad infernal de desencuentros y sin—asombros a la que asistimos; algo así como lo pensado por Ítalo Calvino (1999: 117), cuando en su libro las ciudades invisibles expresa:

El infierno de los vivos no es algo por venir; hay uno, el que ya está aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Hay dos maneras de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de dejar de verlo. La segunda es riesgosa y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacer que dure.

Creo que nuestro anfitrión ha optado por la segunda opción, pues en sus infinitas charlas noctámbulas embebidas de vino, deja traslucir, los diálogos inconclusos de sus razones y sinrazones; de su ser y de su destino; debatiéndose a veces entre la realidad y el deseo, entre la duda y la ilusión; como prueba fehaciente de que los seres humanos vivimos inmersos en las arenas movedizas de la incertidumbre, frecuentemente

consolados por destellos de esperanzas y oscurecidos por las crisis de escepticismo.

Emiro, es de esos personajes que habla apasionadamente, porque no hay palabras, que dejen de manifestar los macabros escondites del alma. En sus monólogos, hondamente deja ver sus nostalgias del ayer, forjadoras de esa personalidad híbrida, entre lo cómico y lo trágico, que construyó a punta de tropezones, porque rastrear las ausencias y precariedades de vida, es también romper el hechizo de los años de misterio y desahogar el alma de las ausencias imponderables; este pasaje nos lleva a decir, siguiendo a Carlos Bernarndo Skliar que, «la palabra, nos deja habitar los tiempos y des-tiempos del amor, contradecir lo dicho (y viceversa), desmesurar el tiempo, heredar la poética que es del otro, usar los valores en desuso y, sobre todo, postergar la muerte».

Seguidamente, al calor de un buen vino y para paliar esas ausencias existenciales, nada más saludable que la complicidad y condescendencia de los amigos; porque en estos casos, como sugiere Ismael Miranda, «vale más cualquier amigo, sea un borracho sea un perdido, que la mas linda mujer» e, imbuidos por el ritmo de una sabrosa melodía dejamos transcurrir la noche bohemia. Las anécdotas trascendentales se colocan entre paréntesis, cuando hace presencia la música de salsa, que con su danza transgresora y su lenguaje sensitivo, se constituye en alquimia curativa, en un ritual de comunión que exorciza las penas y las convierte en una forma pintoresca y apacible de ver pasar el tiempo y los años, que ya nos tocan los talones del primer cincuentenario. En ese instante del lúdico regocijo, nos hacemos acompañar de esa voz tatuada de nostalgia de Ángel Luis Canales y, al unísono cantamos:

Pasa la vida y en su pasar va dejando huella,  
hay que admitirlo es la realidad nadie escapa de ella,  
cuantos tuvieron ratos de angustia y hoy están viviendo mejor,  
cuantos tuvieron ratos felices y hoy están sufriendo,  
es la vida ay caja de sorpresas,  
hoy felicidad o mañana tristezas,  
tiene sus propias leyes regidas por el tiempo que las aplica al pasar,  
cuando se llega al momento...

## **El Drive in Carantanta: «trabajar es menos aburrido que divertirse»**

En una esquina irregular de la autopista norte, en los linderos que dividen la ciudad monástica de la noctámbula y pagana, se ubica el Drive in Carantanta, cuyo nombre es una entremezcla de un vocablo inglés fundido con uno autóctono—ancestral; este último, en lengua indígena significa «pan duro» y constituye el pegado sobrante que se adhiere a paila, en el proceso de elaboración de la masa con la que se hacen las tortillas.

Su interior, en época electoral, es un colach de afiches, carteles, fotos; colgadas en desorden, plagadas de consignas cargadas de excesiva frivolidad; inocuas e insustanciales, en donde los políticos venden a precio de liquidación, el botín de sus asaltos y las ilusiones repetidas de las contiendas pasadas, cuyas proclamas avizoran el derecho del pueblo a vivir frustrado; letreros sobrecargados de lugares comunes, en donde, como dice Eduardo Galeano: «*los políticos hablan pero no dicen*» y, lo único que tienen absolutamente claro es lo poco que piensan y lo poco que saben. Sus paredes evocan una babel travestida, de íconos que prometen un mundo paradisíaco, pero que en la realidad conducen a ninguna parte.

El ambiente lúdico del sexagenario sitio, no atesora explicaciones de la ya derruida imaginaria patoja, sino emociones, añoranzas de una identidad perdida, evidencia muda, de un pasado nostálgico que se rastrea entre músicas, charla y libaciones alcohólicas; y en el que, ese pasado puede soñarse como una estación detenida y a punto de desaparecer, porque como lo sugiere Arthur Schopenhauer, con «*la música todos los sentimientos vuelven a su estado puro y el mundo no es sino música hecha realidad*».

El Drive in Carantanta, se ha erigido así, como lugar mítico, que sirve de punto de ebullición de toda nuestra loca fantasmal imaginación; sitio que recoge en sus fauces esos destellos esperanzadores de las errancias de vida; de ese instante inofensivo, que nos otorga la indulgencia para burlarnos de los demás y de nosotros mismos, sin el más mínimo asomo evidente de ofensa al desprevenido prójimo, pero si con la certeza de conovernos y reímos de las aventuras y locuacidades de su vitalicio propietario, que por suerte, se ha hecho recio y reacio a madurar para la seriedad; pues como él, cada uno de nosotros no deberíamos tomar la vida tan seria y racionalmente, anulando o

dejando ir de paso ese pequeño niño que llevamos dentro y, más bien, arriesgarnos a perder un poco de tiempo para rendirle culto sacramental a la anormal y saludable irreverencia.

Pero alcanzar este estado, donde la vida se convierte en caricatura, supone, parafraseando a Baudelaire, concebir al trabajo como una forma pletórica de jolgorio, para lo cual se debe estar convencido de una sola cosa: que trabajar es menos aburrido que divertirse o; como lo escribe Ray Bradbury, «hay que inyectarse todos los días con fantasías para no morir de realidad»; o desde otro horizonte, apoyados en la instrumentalidad de Raphie Leavitt y la selecta, cantar:

Hay que pasar la vida siempre alegre  
Después que uno se muere, de qué vale  
Hay que gozar de todos los placeres  
Cuando uno va a morir, nadie lo sabe  
Como la vida es corta, yo la vivo  
Y gozo con el vino y las mujeres.....  
Que he de pasar mi vida siempre alegre  
Ay, le lo lay, le lo lay  
Ay, le lo lay, siempre alegre  
No quiero que me llores cuando muera  
Si tienes que llorar, llórame en vida.

**«Hay ojos de miles miradas, cristales que observan al mundo pasar».**

Es un viernes noctámbulo, el recinto está lleno, con gentes de raza multicolor, «que escuchan sin oír y miran sin ver». Para entrar a este lugar no es necesario pasaporte, con gastarte los ahorros o la quincena es suficiente y, además sin proponérselo, si su cuenta supera el tope de cincuenta mil pesos, se arriesga a que el propietario le condecere con el honrísimo título de doctor.

El ambiente interno, es la réplica del simulacro de un paraje en el que se reproducen incesantes imágenes, una especie de espacio mágico de la seducción; en donde la oferta gastronómica, se funde con el halago desprevenido; con el brindis anónimo y la peregrinación permanente hacia la fuga y el jolgorio. Allí, por ejemplo, se reproduce en pequeño, la agresividad de las barras bravas; los domingos o días en que se

trasmiten los enfrentamientos de los equipos de fútbol Colombianos de mayor arraigo febril en Popayán (Millonarios, Cali, Nacional y América). Los fanáticos compulsivos, no paran de alentar a su equipo, aunque cuando el marcador es adverso se nota la evidente amargura generalizada en el ambiente, un cierto desasosiego, una melancolía entremezclada con furia que puede llegar a formar un nudo en la garganta. Aquí en este recinto como lo dijera Eduardo Galeano (2000: 7) el fútbol es, la única religión que no tiene ateos, «el hincha agita el pañuelo, traga saliva, glup, traga veneno, se come la gorra, susurra plegarias y maldiciones y de pronto se rompe la garganta en una ovación y salta como pulga abrazando al desconocido que grita el gol a su lado. Mientras dura la misa pagana, el hincha es muchos. Con miles de devotos comparte la certeza de que somos los mejores, todos los árbitros están vendidos, todos los rivales son tramposos».

En ese amplio espectro de múltiples protagonistas, no podían estar ausentes los políticos ancestrales de la comarca «patoja», aquellos que posan de pertenecer al rancio abolengo, expresión de un sinfín de personajes de carne y hueso convertidos en lenguaje caricaturizado; hasta alcanzar a los más connotados militantes de izquierda, que discuten los dogmas y las nostalgias de su revolución inconclusa. Allí, se pactan los acuerdos, las quimeras, las truculentas triquiñuelas, la burocracia, las componendas electoreras y; en fin, el destino trágico de esta parroquia «aristócrata andina» —, llamada Popayán.

En contraposición a este escenario, aquí —quienes concebimos la vida como una fiesta del alma—, nos reímos y divertimos con el lenguaje de la aristocracia de la calle, expresada en la gramática de la salsa del barrio, que como lo dice Manuel Antonio Rodríguez (2000) «todos sus ingredientes resuman asfalto urbano: sus letras, su sonido, sus hacedores y, cómo no, sus destinatarios, esos tipos sospechosos del barrio que la oyen, la cantan y la bailan, solos o en compañía, de noche o de día, sobrios o empapados en alcohol y otras sustancias o, simplemente, embriagados con las notas ásperas de un trombón». Y, como si fuera poco, para seguir la ruta del jolgorio, nos hacemos acompañar del mítico Hector Lavoe, que con su retahíla callejera, nos invita a saborear las travesuras de Juanito Alimaña:

La calle es una selva de cemento  
y de fieras salvajes, cómo no  
ya no hay quien salga loco de contento  
donde quiera te espera lo peor  
donde quiera te espera lo peor

Juanito Alimaña con mucha maña llega al mostrador  
saca su cuchillo sin preocupación  
dice que le entreguen la registradora  
saca las billetes, saca un pistolón. ¡Pum!

Sale como el viento  
en su disparada  
y aunque ya lo vieron  
nadie ha visto nada  
Juanito Alimaña pa' la fechoría  
se toma su caña  
fabrica su orgia.

La gente le teme  
porque es de cuidado  
pa' meterle mano  
hay que ser un bravo  
si lo meten preso  
sale al otro día  
porque un primo suyo  
'ta en la policía.

Juanito Alimaña  
si tiene maña es malicia viva  
y siempre se alinea  
con el que está arriba  
y aunque a medio mundo  
le robó su plata  
todos lo comentan  
nadie lo delata  
y aunque a todo el mundo  
le robó la plata  
todos lo comentan  
nadie lo delata...

a la la ley ley ley ley

En su mundo  
mujeres, fumada, y caña  
atracando  
vive Juanito Alimaña

cuando él era muchachito  
las cositas que pedía...  
y si tu no se las daba, las mangaba,  
como quiera la cogía.....

Todo lo allí reunido, desde el visitante casual hasta el permanente, está invitado a participar en esta copiosidad polifónica: comprar, sumergirse, prometer, desaparecer, olvidarse, olvidar, confundirse en los sin-tiempos de la razón o de la sinrazón, en donde «hay ojos de miles miradas, cristales que observan al mundo pasar». Y para finiquitar temporalmente este relato, que mejor coctel, que terminar brindando con Orlando Contreras y un estribillo de ese bolero primoroso que dice:

Alzo mi copa en triunfo a mi experiencia,  
que no se aprende en escuela ni en hogar,  
Eso se Aprende en la calle en la cantina,  
copa tras copa bajo el fondo musical  
de la vitrola que te dice tantas cosas,  
y de los labios que mienten al besar....

## **Referencias Bibliográficas**

**CABALLERO**, Antonio. 2008

Elogio de las Putas. En: Revista Soho 102. Publicaciones Semana S.A. Bogotá.

**CAJAS**, Juan. 2004

El truquito y la maroma, traquetos y pistolocos en la ciudad de Nueva York. Una antropología de la incertidumbre y lo prohibido. CONACULTA - INAH. Mexico

**CALVINO**, Ítalo. 1999

Las ciudades invisibles. Editorial Milenium, Madrid.

**GALEANO**, Eduardo. 2000

El Fútbol a Sol y Sombra. Tercer Mundo Editores, Santafé de Bogotá.

**RODRÍGUEZ A.** Manuel Antonio. 2000

¿Qué es la salsa? En: [www.musicalafrolatino.com](http://www.musicalafrolatino.com)